

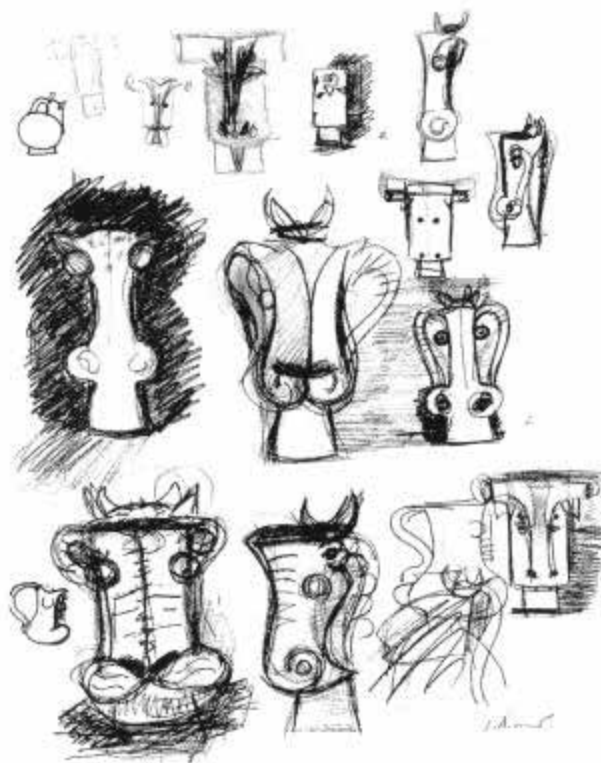
Los trancos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Ya el lector amable, la lectora inteligente, conocen a la perfección –lo mismo que este tres veces H. Consejo Editorial– las cualidades de nuestro ínclito escritor, el señor Bracho. Sí, así es, a través del tiempo sus Trancos han sentado un precedente de calidad y de, podríamos decir, garra y pericia; aunada a esto, señalamos que hay también en sus escritos una especie de encantamiento, y de una sensual visión del mundo que está alrededor de una mujer. A lo largo de las felices apariciones de esta revista epónima, en dónde siempre aparecen los dichos Trancos, el autor citado –el maestro Bracho–, hace gala de la admiración que siente, que profesa a ese maravilloso género: el femenino. Claro, los lectores y los miembros de esta Casa Editorial comulgamos con las propuestas que a través de sus colaboraciones expone y realiza nuestro ínclito autor. Hacemos esta disertación un poco al desgaire, pero que nos nace del fondo del alma el hacerlo, para dejar testimonio de que la Mujer en este país, bueno es señalarlo, y en todo el globo terráqueo sufre y ha sufrido los desdenes gubernamentales, las políticas machistas, la segregación, la injusticia y, sobre todo, la incompreensión de millones de hombres insensibles y ciegos. Como esa

actitud negativa ni la suscribe, ni la practica, ni nunca lo hará –tanto el señor Bracho como esta Revista– ni promulgarán otra cosa que no sea la solidaridad, y el total y absoluto respeto a los derechos naturales y morales y jurídicos de la Mujer. En ese sentido es lo que –aterriizando, como dicen los clásicos– trata este Tranco. Dejemos –es una sabia decisión– que la “pluma” brachesca recorra las páginas en blanco y las llene de las



Juan Soriano

aventuras, de las peripecias, de los amores, de las delicias que el Edén habitado por las féminas produce en el hombre, claro, en el hombre capaz de amar, capaz de elevar los sentimientos hacia las auroras y hacia los planetas más lejanos...Pero ¿basta!, no adelantemos visperas y que este Tranco nos lleve a ese mundo añorado por todos:

Helena, la más bella mujer del universo conocido en ese entonces, en el entonces prehomérico, fue la figura deseada, disputada por los hombres más destacados y fieros de la antigüedad. Cosa que yo, hoy, en este horripilante hoy foxista, hubiera también hecho, yo me hubiera peleado a muerte por ella, yo me hubiera batido con Menélaos y Agamenón, yo hubiera entablado batalla contra todos los soldados griegos, yo, como Paris al conocer a Helena, al verla, al admirarla, al reconocer su rostro refulgente, al tocar sus cabellos, sus hombros, al sentir sus formas, al acariciar su cuerpo, al tenerla toda, entera, sin vacilación, sin dudarle un minuto, la hubiera raptado y hubiera volado con ella a los confines más apartados de la tierra para gozarla a ella, la Helena hermosa. Yo, como Paris, al robarme a Helena, no me hubiera dolido el que millares de hombres –griegos y troyanos– perecieran al fragor de los combates, no me hubiera importado embarcar en una guerra exterminadora a dos naciones poderosas, no me hubiera importado enfrentar la furia del esposo ofendido, ni me habría importado un cacahuete el dolor de los griegos. Yo, con mi espada, con mi lanza me enfrentaría con Odiseo y sus guerreros; yo, teniendo a Helena en mis brazos, bajo mi égida, bajo mi brazo protector, haría frente a todos y cada uno de los combatientes aliados de Menélaos, y éste mismo, el ofendido, el que sufría la pena de ver a su esposa, a su bella Helena en poder de otro –yo–, y con sus arreos de combate, y gritando su dolor, o echándome en cara su coraje por la ofensa recibida, yo,

digo, no me amilanaría y lo enfrentaría con decisión hombruna. Sí, el poseer a Helena valdría ese y más sacrificios guerreros. El tener a Helena y contemplarla y amarla desde la aurora hasta que el dios sol, cansado se retirara a las regiones oscuras del universo, valdría el permanecer alerta, velando armas, para enfrentar a los que la quisieran rescatar. El tener al lado a Helena, la hija de Leda y Zeus, al contemplarla con las luces destellantes del Olimpo, eso, nada más que eso me daría fuerza para aguantar los embates multitudinarios de los atridas. Yo, con Helena de mi lado, con Helena a mi lado, con Helena en mi lado, con Helena en mi cuerpo, hubiera resistido mil días combates, hubiera resistido los diez años que Troya resistió por defender el robo de Paris. Sí, Helena, te lo digo, por tenerte y saberte mía, y tú por saber que yo te pertenecía todo, sin ambages– cuántas cosas más hubiera hecho, por ti, Helena, querida y deseada. Vaya, el colmo, yo, sólo y con mi espada flamígera, hubiera enfrentado al gran Aquiles, al terrible y fiero y valiente y guerrero impar. Sí, Aquiles poderoso, yo, por el amor de Helena te hubiera retado a batirnos en los campos troyanos y aunque las mil naves de la armada griega estuvieran pendientes del desarrollo del combate, yo no habría retrocedido ante tu acoso fenomenal. Yo, Aquiles, y me duele decirlo, te habría dado una fiera batalla, y todo por Helena, todo por la mujer que despedía fulgores de sus senos, cuya blancura de mármol y alabastro llenaba los ojos de lúdicas figuras niveas, cuyas túrgidas formas me llevaban a viajar por los linderos de Eolo, por cuyos besos yo gravitaba por los confines de Afrodita y de cuya mano recibía tus dones, Helena. Sí, por Helena me bato, me peleo, combato, por Helena trabo combate, blando lanza y marro para acabar con los competidores que surjan por su amor. Yo por Helena, caigo, sucumbo en las profundidades del amor ciego. Casada o no, Helena, yo te raptó, yo te robo, yo te secuestro, yo te llevo en ancas de mi caballo, yo te

llevo en mi Pegaso a recorrer todos los caminos que el placer tenga. Yo en Pegaso, tú, Helena, a grupas, viajaríamos por todo el Olimpo, nos detendríamos en cada arroyo para descansar, para tendernos en la arena y dar rienda suelta a lo que nuestros cuerpos mandaran y que estos se saciaran, se hartaran. Helena, puede ser que Aquiles me aniquile, puede ser también que me gane la furia de Menelao ofendido, quizá el astuto Odiseo encuentre un modo ingenioso para doblegarme, puede ser. Y lo acepto como tal. Y sabes porqué lo acepto, querida Helena? Porque te tuve por años enteros, porque por meses largos –que a mí me parecían cortos– tú y yo jugamos el juego eterno del amor, porque nuestros cuerpos divagaron, nuestras pieles se rozaron tantas veces que la huellas descarnadas están presentes en mi piel, porque tú y yo Helena, nos dimos tantos besos indulgentes

que Zeus mismo, que Cronos y Poseidón se ponían a llorar de envidia. Helena, si pierdo ante esos guerreros nada importa. El ganar o perder una batalla contra otro hombre, nada significa. Lo que tiene significado, lo que tiene trascendencia, para mí, es el que yo te rapté, es el saber que tú no opusiste resistencia, que te dejaste llevar por mis caricias y que los dos hicimos de la vida una decena de años inolvidable. Sí, después de tus brazos, el diluvio; después de tus caricias mortales, la lluvia interminable y depredadora; después de nuestras noches de amor profundo y turbulento, el fin. Después de tenerte en brazos y con tu entrega de mujer celeste, el acabose, el término, el final...Helena, bella, turgente, bien vales una misa, bien vales una guerra. ❏

cbracho@prodigy.net.mx

